

DREAMWORKS

TROLLHUNTERS

CUENTOS DE ARCADIA
de GUILLERMO DEL TORO

NETFLIX

TAMBIÉN UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX

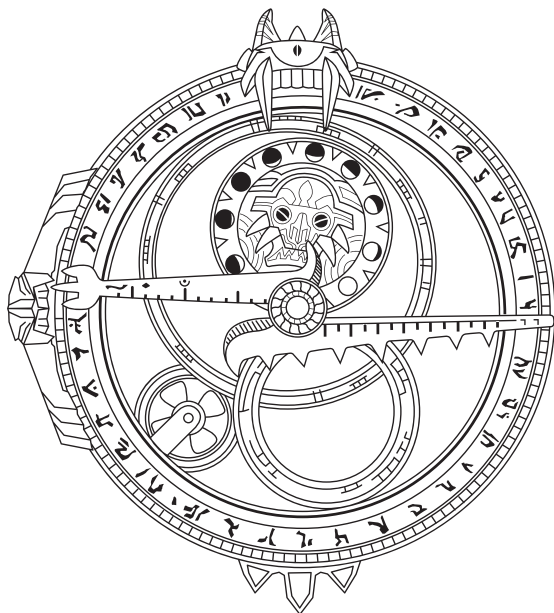


BIENVENIDO
A LAS
TIERRAS SOMBRÍAS

Planeta Junior

DREAMWORKS
TROLLHUNTERS
CUENTOS DE **ARCADIA**
DE GUILLERMO DEL TORO

BIENVENIDO A LAS TIERRAS SOMBRÍAS



Adaptación de Richard Ashley Hamilton
Traducción de Lluïsa Moreno

Planeta Junior

DreamWorks Trollhunters © 2017 DreamWorks Animation LLC.

All Rights Reserved

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20251-6

Depósito legal: B. 121-2019

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO 1 NO DESEADO

Jim Lake Jr. entró en las Tierras Sombrías solo.

La armadura del Eclipse negra y roja protegía al cazador de trols del frío, pero no del débil eco de las voces de sus amigos. Al mirar hacia atrás, Jim vio el puente de Killahead reconstruido. Aunque el portal que había debajo de él ya estaba cerrado, aún podía oír a sus amigos llamándolo desde el otro lado:

—¡Jim! —gritó Toby desde la superficie.

—¡Amo Jim! —La voz de Blinky penetró en las Tierras Sombrías—. ¿Qué habéis hecho?

Jim respiró hondo y siguió andando, tratando de no hacerles caso. Sin embargo, el cazador de trols vaciló en cuanto oyó otra voz, también lejana.

—¡Jim, vuelve! —exclamó Claire—. ¡No tienes que hacer esto tú solo! ¡Podemos resolverlo juntos!

Jim se moría de ganas de dar media vuelta y correr hacia el puente, abrir de nuevo el portal y regresar al acogedor y seguro Mercado del Corazón de Piedra. Quería volver a ver la sonrisa metálica de Toby. Quería chocar los puños con el trol Blinky. Y, sobre todo, quería mirar a Claire a los ojos; quería decirle que estaba bien, que en el fondo todo aquello lo hacía por ella y por su hermano bebé Enrique, que había sido secuestrado y trasladado a las Tierras Sombrías unos meses atrás.

No obstante, el cazador de trols no hizo nada de aquello. Jim se esforzó por dejar de escuchar las súplicas de Claire. Siguió atravesando las Llanuras Muertas hasta llegar a un precipicio. De pie al borde del abismo, Jim observó la extensión interminable de las Tierras Sombrías. Sus incrédulos ojos contemplaron unas imponentes elevaciones rocosas que se entrecruzaban formando unos ángulos imposibles, un sol negro que, a escasa altura, lo bañaba todo con una luz enfermiza y un laberinto endemoniado que parecía no tener fin.

Los grabados de la armadura de Jim latían con una energía rojiza. Una fracción de segundo más tarde, la espada del Eclipse volvió a aparecer en la mano del cazador de trols. La espada negra centelleó cuando Jim se la colgó en la espalda, donde se pegó como un imán.

—Prepárate, Gunmar —dijo Jim en voz alta, aunque no veía ningún indicio de vida a su alrededor.

Jim sabía que allí abajo, en alguna parte, en el corazón retorcido de las Tierras Sombrías, Gunmar *el Negro* lo esperaba. Y que, cuando al fin se encontraran cara a cara, solo uno de ellos sobreviviría. Pero eso a Jim todavía no le preocupaba. Porque, antes de enfrentarse a Gunmar, el cazador de trols debía encontrar a alguien.

Jim hizo bocina con las manos y exclamó:

—¡Enrique!

Aunque gritó con todas sus fuerzas, la voz de Jim apenas se propagó por el aire inerte y estanco de las Tierras Sombrías.

—Esto... ¿Te acuerdas de mí? —continuó Jim—. Soy el compañero de clase preferido de tu hermana: ¡Jim! Esto..., a ver... ¡Gorjea si puedes oírme!

Jim esperó una respuesta, pero no llegó.

—Aunque no será tan fácil —murmuró Jim para sí mismo—. Es como si, en lugar de ser cazador de trols, me hubiese convertido en cazador de bebés.

Jim dio un paso adelante, pero se detuvo de pronto. Frunció el ceño como si reflexionara sobre lo que acababa de decir.

—Un momento. Eso no es cierto. Porque ¿quién caza bebés? Aparte de, claro está, Gunmar y sus cambiantes. Tal vez debería buscar una palabra un poco más atractiva, como... ¿*descubridor* de bebés?, ¿*rescatador* de bebés?, ¿*salvador* de bebés? Sí, salvador de bebés. Es mucho más apropiada... —Jim se calló, consciente de lo solo que estaba, aunque seguidamente añadió—: No hace ni cinco minutos que he llegado a las Tierras Sombrías y ya estoy hablando conmigo mismo. Mantén la calma, Lake...

Se asomó al filo del precipicio y se preguntó cómo se las arreglaría para bajar. A Jim se le ocurrió que debería haberse llevado unas provisiones antes de cruzar al tuntún el puente de Killahead. Una cuerda, una brújula, agua embotellada o, qué

diablos, incluso un sándwich de pastel de carne le habría sido de utilidad en ese momento.

Puede que el amuleto hubiese guiado a Jim hasta un camino más seguro, tal como había hecho desde que lo encontró, hacía unos meses, en el canal de Arcadia Oaks. Jim todavía no podía creerse que hubiera heredado un amuleto creado por Merlín —sí, ese Merlín—, que había pertenecido al anterior cazador de trols, Kanjigar, quien a su vez lo había heredado de Deya unos siglos atrás.

Sin embargo, ahora el amuleto no le servía de mucho a Jim. Había tenido que dejarlo al otro lado del puente de Killahead. Era la única manera de asegurarse de que el portal se abriera de nuevo para él cuando regresara.

«Suponiendo que regrese», pensó Jim con pesimismo.

Miró el espacio vacío de su coraza que solía ocupar el amuleto, desde donde había activado otras armas para Jim, como la armadura del Eclipse, como la espada del *Eclipse*, como las...

—Dagas —se dijo Jim a sí mismo mientras una idea empezaba a cobrar forma en su mente.

Se puso una mano a cada lado y dos hojas curvas, las dagas, aparecieron como por arte de magia en sus palmas. Utilizándolas de piolets, Jim fue descendiendo por la pared del precipicio como un alpinista. Mientras bajaba, Jim comenzó a divagar. Cada vez que clavaba una daga en la roca, le asaltaba otro recuerdo reciente.

¡PAM, PUM!

Jim pensó en la cara de pena de Claire, en la de Toby y en la de Blinky cuando los había dejado fuera de la cámara que encerraba las ruinas del puente de Killahead en el Mercado del Corazón de Piedra.

¡PAM, PUM!

Se acordó de cuando introdujo la última Piedra Triúmbrica, una esquirra del ojo que le faltaba a Gunmar, en el amuleto y leyó el conjuro que apareció en su superficie: «¡Por la maldición de Gunmar, al *Eclipse* comandaré!».

¡PAM, PUM!

A Jim le vino a la memoria cómo el amuleto había transformado su armadura de plata en una de ébano antes de recomponer Killahead como por

arte de magia y abrir el portal. Incluso ahora Jim se notaba el estómago revuelto, como cuando había atravesado el turbulento pasadizo que llevaba a las Tierras Sombrías.

¡PAM, PUM!

Se preguntó qué sucedería cuando su madre Barbara se despertara del hechizo que le había hecho olvidar que Jim era el cazador de trols. ¿Cumpliría Draal su palabra y la protegería?, ¿sería capaz de protegerla siquiera? Al fin y al cabo, Jim no temía que pudieran volver a atacar enemigos como Strickler o Angor Rot. Le preocupaba más el hecho de que su madre se quedara desolada al descubrir que su único hijo había desaparecido.

¡PAM, PUM!

El cazador de trols lloró la muerte de AAARRRG-GHH!!! El trol con la voz dulce de los krubera había salvado a Jim infinidad de veces, del mismo modo que había ayudado a Kanjigar y a Deya antes que a él. Pero AAARRRGHH!!! había dado su vida para salvar a sus amigos, y ahora el cuerpo musgoso del dócil gigante se había convertido en piedra maciza. Al perder a AAARRRGHH!!!, Jim y los demás no

habían perdido solo a un compañero, sino sobre todo a un amigo.

Jim alejó de su mente todos aquellos pensamientos tan dolorosos cuando por fin llegó al fondo del precipicio. Volvió a guardar las dagas dentro de las placas de ónix que le cubrían los muslos e inspeccionó el oscuro entorno.

«Esa guardería de los cambiantes tiene que estar por aquí cerca —pensó Jim—. Si encuentro la guardería, encontraré a Enrique. Y si encuentro a Enrique, podré regresar a casa, junto a Claire, Toby, Blinky, mamá y toda la gente que no quiere matarme.»

Jim sacudió la cabeza tratando de no pensar más en sus amigos. El cazador de trols se había comprometido a emprender la misión en solitario. Esa era la única forma de asegurarse de que sus allegados no volvieran a estar jamás en peligro. Jim ya había perdido a AAARRRGHH!!! No estaba dispuesto a perder a otro ser querido.

Al doblar una esquina, Jim llegó a un claro y se quedó helado. Un gumm-gumm montaba guardia delante de él apoyado en un hacha de hoja ancha

que parecía oxidada tras siglos de uso. Jim se disponía a empuñar la espada del *Eclipse*, colgada a su espalda, cuando advirtió algo. El gumm-gumm no se movía. Ni siquiera había reaccionado ante su presencia. De hecho, el gumm-gumm casi parecía que estuviera...

—Dormido —murmuró Jim aliviado.

El gumm-gumm roncaba bajito con el casco puesto. Jim caminó de puntillas por al lado del centinela con cuidado de no despertarlo. Ya lo había dejado atrás cuando otro violento golpe de viento azotó las Tierras Sombrías.

El vendaval levantó un poco de gravilla en un saliente de roca sobre la cabeza de Jim. Este observó aterrorizado cómo los pequeños fragmentos de roca caían e impactaban contra el casco del gumm-gumm.

El gumm-gumm se despertó de un sobresalto y al instante se puso en pie y gritó:

—¿Quién anda ahí?

Jim se escondió detrás de la ancha espalda del guardián, que todavía no lo había visto. Trató de coger la espada de nuevo, pero las placas metáli-

cas de su armadura hicieron ruido cuando movió el brazo.

El gumm-gumm se dio la vuelta y miró por detrás de él. Por suerte, Jim dio un salto rápido antes de que el gumm-gumm lo viera. El cazador de trols andaba al mismo ritmo que el gumm-gumm y permanecía a sus espaldas, fuera de su campo de visión.

—Si eres *la Repudiada* o uno de sus rebeldes, sal y da la cara —gruñó el gumm-gumm—. ¡Ven a probar el filo de mi hacha!

Jim no se movió un ápice. Al no escuchar nada más, el gumm-gumm lanzó un resoplido de satisfacción. Se apoyó en su hacha de guerra y volvió a quedarse dormido.

En cuanto Jim oyó de nuevo los ronquidos del perezoso guardián, se escabulló tan deprisa y tan sigilosamente como pudo. Solo cuando ya no podía oírlo, Jim recuperó la respiración. Expulsó unas bocanadas visibles en el aire gélido y tembló en cuanto llegó al laberinto.

—Me pregunto si la armadura del Eclipse podría hacer aparecer una manta —bromeó Jim.

De repente, Jim notó calor en su espalda. Al principio, creyó que quizá la armadura le había obsequiado con una manta, pero cuando Jim se volvió se dio cuenta de que el calor no tenía nada que ver con él. De hecho, procedía de la gran bola de fuego voladora que había salido de la oscuridad y se había precipitado hacia él como un cometa.

—¿Quién eres? —preguntó la bola de fuego—.
¿¿¿Quién eres???

Jim desenvainó la espada del Eclipse, la sostuvo delante de él y rezó por que su nueva armadura fuera resistente al fuego.